

CIENCIA, ESTADO Y SOCIEDAD: RETROSPECTIVA CRÍTICA DE LA ARQUEOLOGÍA CHILENA

Andrés Troncoso

Diego Salazar

Donald Jackson

Universidad de Chile

A partir de una revisión histórica de la arqueología chilena se discuten las relaciones entre su práctica y los contextos históricos, sociales y políticos en los que se inserta. Se comienza con el proceso de conformación de la disciplina arqueológica en el siglo XIX en el marco de la constitución del Estado-nación chileno de acuerdo con los parámetros de la condición de saber moderna, para finalizar con la situación actual, señalando una tensión entre la lógica de una práctica científica moderna con una condición de saber postmoderna. En este contexto se discute sobre las condiciones que han definido el estado de aislamiento y estancamiento de la reflexión teórica en la arqueología chilena.

A partir de uma revisão histórica da arqueologia chilena discutimos as relações entre sua prática e os contextos históricos, sociais e políticos nos quais esta se insere. Inicia-se com o processo de formação da disciplina arqueológica no século XIX, no marco da constituição do Estado-nação chileno de acordo com os parâmetros da condição de saber moderna, para finalizar com a situação atual, assinalando uma tensão entre a lógica de uma prática científica moderna com uma condição de saber pós-moderna. Neste contexto, discute-se sobre as condições que tem definido o estado de isolamento e estagnação da reflexão teórica na arqueologia chilena.

Through an historical overview of Chilean archaeology, the interrelations between the discipline's practice and its sociopolitical context are discussed. The paper begins by considering the formation of the archaeological discipline in Chile during the 19th century in the context of the consolidation of the Chilean nation-State within the parameters of modernity; it ends considering the current situation, noting a tension between the logic of a modern scientific practice and the postmodern condition. In this context the conditions that have determined the isolation of Chilean theoretical archaeological discourses through time are discussed..

Palabras claves: arqueología chilena, contexto social, historia / *Palavras chave:* arqueologia chilena, contexto social, história.

Recibido: diciembre 28 de 2007; *aceptado:* mayo 16 de 2008 / *Recebido:* dezembro 28 de 2007; *aceito:* maio 16 de 2008.

Introducción

Durante los últimos 20 años han aparecido en diversos medios de circulación local e internacional (revistas, libros, congresos) numerosos análisis críticos de la historia de las tradiciones arqueológicas de la mayoría de los países sudamericanos y de su relación con los contextos sociales y culturales en los que surgieron y se desarrollaron (e.g. Sanoja y Vargas 1993; Funari 1995, 1999; Gnecco 1995, 1999; Politis 1995, 2003; Consens 2003; López 2004; Navarrete 2004; Angelo 2005; Langebaek 2005). En Chile ya se han realizado trabajos sistemáticos de historia de la arqueología en el país (Thomas 1977; Orellana 1982, 1996; Núñez 2001), por lo que no pretendemos replicar esos aportes;¹ antes bien, proponemos contemplar la historia de la arqueología desde un eje que no ha sido explorado mayormente en los trabajos anteriores: vincular el desarrollo de la historia y la práctica arqueológica nacional con el contexto sociopolítico mayor en el que se desarrolló. Nuestro propósito ulterior es situar este análisis de la realidad chilena en el escenario sudamericano para su discusión a nivel continental. Este aspecto es relevante y necesario ya que, hasta el momento, nuestra arqueología permanece, prácticamente, desconocida en el resto del continente, a excepción, por supuesto, del ámbito de quienes trabajan en áreas fronterizas. Esta es una situación lamentable, considerando la creciente importancia que adquiere en el continente la idea de generar un centro local de producción teórica (e.g. Politis 1995, 2003, 2004; Funari 1999; Funari *et al.* 2005), así como el hecho de que Chile fue considerado como uno de los “núcleos de desarrollo intelectual progresista en

Latinoamérica” (McGuire y Navarrete 1999:185), habiendo sido, incluso, cuna intelectual de algunos de los teóricos más importantes e influyentes de la historia de la arqueología “al sur del río Grande” (Luis Felipe Bate y Julio Montané, principalmente).

Claros ejemplos del aislamiento que presenta la arqueología chilena son la casi total ausencia de arqueólogo/as de nuestro país en las tres primeras Reuniones de Teoría Arqueológica en América del Sur y el hecho que en el reciente foro de discusión sobre teoría arqueológica en Latinoamérica que publicó *Arqueología Suramericana* (2, 2, 2006) no sólo no haya habido participación de colegas chileno/as sino que gran parte de nuestra producción no es conocida o discutida por el resto de los especialistas del continente. La responsabilidad, sin duda, es nuestra, y es una de las consecuencias más alarmantes del provincialismo que ha caracterizado a nuestra arqueología, en especial a partir de 1973. No es el objetivo central de este trabajo explorar las razones de este aislamiento, aun cuando volveremos sobre este punto en diversos segmentos del artículo. Nuestro propósito esencial es diferente: realizar una primera revisión sistemática de la historia de la arqueología chilena desde sus inicios a fines del siglo XIX hasta la actualidad, explorando, especialmente, la dimensión teórica y las vinculaciones entre la práctica y la producción arqueológica y los procesos históricos nacionales en los cuales han surgido y han adquirido relevancia y legitimidad.

La conformación del Estado-nación y la producción de la arqueología

La independencia de Chile del Estado Español, finalizada en 1818, marcó el inicio del periodo de la conformación de un Estado-nación y un sistema de vida civil que, si bien se transformó a lo largo de los años, constituyó la base de la actual

¹ Mientras se evaluaba nuestro artículo se publicó una revisión crítica de la actual práctica arqueológica en Chile (Carrasco 2006), no incluida en esta discusión.

República. La consolidación del Estado-nación fue de la mano con tres intereses centrales propios al pensamiento de la modernidad (Foucault 1989, 1999; Thomas 2004). Primero, la conformación de un sistema legalista y político que dirigió las acciones del país, representado en las constituciones de 1828 y 1833. Segundo, la conformación de un sistema de ordenación y clasificación de la sociedad que permitió su disciplinamiento de forma clara y explícita (conformación de la Policía Nacional en 1830 y del sistema carcelario en 1843). Tercero, la conformación de un sistema de producción y reproducción de conocimientos que posibilitó la instrucción de los ciudadanos dentro de un proyecto nacional (fundación de la Biblioteca Nacional en 1813 y del Museo Nacional en 1830; creación de la Universidad de Chile en 1842; promulgación de la Ley de Instrucción Primaria en 1860). En este contexto de ordenación, producción y legitimación de un sentido de Estado-nación se produjeron las primeras aproximaciones hacia el registro arqueológico por parte de naturalistas, por lo general contratados por el Estado para conocer y catalogar los *recursos naturales* del país que, en ese contexto, encontraron restos materiales del pasado. Personajes como Domeyko, Gay y Phillipi conforman este selecto grupo de exploradores que integraron estudios etnográficos y arqueológicos en un contexto naturalista; esos individuos constituyeron un sistema taxonómico de ordenación de la naturaleza que se traspasó e incluyó a las poblaciones indígenas pasadas y presentes, marcando una clara segregación desde la lógica de la modernidad entre un salvaje más cercano a la naturaleza y un Estado-nación basado en los ideales de la Ilustración. Esta contraposición reprodujo una dicotomía entre centro urbano/moderno y centro rural/premoderno/periferia, transformando al espacio en una categoría

temporal y de diferenciación (Fabian 1983; Ayala 2003).

Como en otros países este primer interés nació en el seno de miembros de la burguesía, inmigrantes europeos o sus descendientes, quienes no sólo manejaban el capital financiero sino también el cultural, ya que tuvieron un acceso privilegiado al conocimiento; este hecho guarda relación con el limitado desarrollo de la educación y la tardía popularización de la imprenta y de las ediciones de libros en el país (post 1870). La contribución del Estado chileno a los inicios de las investigaciones arqueológicas y antropológicas fue indirecto; aún no hay evidencias de un intento por organizar la producción y difusión del conocimiento sobre estas temáticas. Esta situación comenzó a cambiar a fines del siglo XIX. En 1882 se publicó *Los aborígenes de Chile*, de José Toribio Medina, considerado por Orellana (1996) como el libro fundador de la arqueología nacional. En ese texto se discuten los datos sobre los primeros pobladores del país y América, poniendo especial énfasis en el período Incaico; también efectuó un análisis de la cultura Mapuche. Antes de la aparición de este libro se fundó la Sociedad Arqueológica de Santiago (1878), que editó el primer número de su revista en 1880. Así, puede afirmarse que la maduración de un ideal arqueológico en Chile surgió a fines del siglo XIX.

A partir de este eje fundacional la producción y disseminación del conocimiento fue controlada en forma más directa por el Estado, tanto en términos institucionales como económicos: "...el Gobierno, deseoso de difundir en nuestro país los conocimientos etnológicos y antropológicos", escribió Martín Gusinde en 1916 (citado por Orellana 1996:89-90). Fueron síntomas de este creciente interés estatal en el pasado prehistórico y

los restos arqueológicos la fundación del Museo de Etnología y Antropología en 1912, que almacenó las principales colecciones arqueológicas, y la promulgación de un decreto-ley, en 1925, que señalaba el nacimiento del Consejo de Monumentos Nacionales encargado de velar por el patrimonio arqueológico del país. Además, en 1911 llegó a Chile Max Uhle, contratado por el Estado, a quien se encomendó la periodización del extremo norte. La ampliación y consolidación de esta incipiente ciencia no descansó, únicamente, en una maduración del conocimiento obtenido desde las primeras expediciones de los naturalistas sino, también, en el creciente interés del Estado por los estudios prehistóricos. ¿A qué obedeció este “deseo” del Estado por incentivar el desarrollo de la arqueología chilena? A nuestro juicio éste debe entenderse en el contexto de dos contingencias políticas: la Guerra del Pacífico (1879-1884), conflicto por el que Chile se apropió de toda la actual zona norte del país y se embarcó en un proceso de “chilenización” de su población y de integración al resto del territorio nacional; y la “pacificación de la Araucanía,” que significó la apropiación del territorio controlado por parcialidades mapuches. Esta tarea fue emprendida en forma sistemática hacia 1860, se extendió hasta principios del siglo XX e implicó la desestructuración de las sociedades indígenas y la conformación de un imaginario nacional sobre estas comunidades que, de una u otra manera, legitimó los actos *civilizadores* efectuados por el Estado (Bengoa 1985). La labor arqueológica fue central: definió y organizó la prehistoria local y trabajó sobre la antropología de estos grupos (e.g., los trabajos de Oyarzún, Latcham y Guevara). Estos hechos concentraron la investigación arqueológica en el norte grande y el área centro-sur; las otras áreas del país quedaron relegadas.

Así se generó una creciente acumulación de material empírico que condujo a síntesis importantes de la prehistoria de estos territorios. La obra de Ricardo Latcham (1928a, 1928b) destaca en este aspecto porque, desde una lógica histórico-cultural, produjo una ordenación cronológica, espacial y cultural de la prehistoria de Chile y de los grupos indígenas que habitaban el territorio. Se cumplía, de este modo, con los requerimientos fundamentales de la conformación del Estado-nación (ordenación espacial, profundidad temporal e integración) y el ideal de la modernidad (Thomas 2004). La aparición de la arqueología en el campo social en manos del Estado y la gran formulación desprendida de los trabajos de Latcham abrió espacios para una ampliación de su práctica, tanto en términos de perspectivas de investigación como de estudiosos dedicados al tema. Desde 1940 aparecieron varios investigadores que se caracterizaron por (a) ser autoformados en la ciencia arqueológica, muchas veces proviniendo de otras áreas de conocimiento (como Cornely e Iribarren); o (b) ser estudiosos extranjeros que vinieron al país a realizar sus investigaciones (como Junius Bird, Stig Ryden y Grete Mostny) y que, en algunos casos, pasaron a formar parte de la institucionalidad nacional (Grete Mostny). La obra de estos investigadores dio un marcado énfasis empiricista a la práctica arqueológica nacional, continuando el legado iniciado por Uhle y Latcham. Si revisamos las publicaciones arqueológicas desde Medina hasta 1955 encontramos que pocos escritos intentan aproximarse a una discusión teórica, aun cuando la mayoría de los trabajos asumió que la cultura material es una unidad histórica y cultural cuyas modificaciones

espaciales y temporales dan cuenta de transformaciones en las secuencias de desarrollo de los grupos humanos. Los tipos arqueológicos fueron considerados como referentes de sociedades y culturas humanas y la presencia de los tipos en el registro arqueológico como indicador de la presencia efectiva de dichas poblaciones.

En síntesis, durante las primeras etapas de la conformación de la arqueología chilena los estudiosos trabajaron, sobre todo, con supuestos implícitos de carácter histórico-cultural, sin realizar una reflexión teórica sistemática. De acuerdo con Carlos Thomas (1977) sólo en la década de 1960 se comenzó a producir una modificación en la práctica arqueológica nacional y una mayor reflexión teórica y crítica. Esta transformación debe entenderse en el contexto de la consolidación de la institucionalidad académica de la arqueología y la creciente efervescencia política que comenzó a vivir el país.

Formalización institucional: consolidación y ruptura

La conformación y estabilización del Estado chileno fue seguida, hacia inicios de la década de 1950, de reformas y movimientos que pusieron sobre la mesa temas como los derechos civiles y otras cuestiones sociales. El extenso movimiento obrero del siglo XX que dio origen a la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) en 1953, descendiente de la Federación Obrera Chilena (FOCH), fundada en 1909, y la formulación de la Primera Ley de Reforma Agraria (N°15020) en 1962 son claros ejemplos. La importancia de la cuestión social llevó a que se abrieran nuevos espacios para las ciencias sociales, especialmente en lo que se refiere a su institucionalización y la formalización de carreras universitarias.

En este contexto social ocurrió la institucionalización de la arqueología chilena, tanto en el ámbito docente como en instancias formales de protección del patrimonio, investigación, discusión y producción de conocimiento. En 1958 se fundó el Centro de Estudios Antropológicos, que invitó a importantes investigadores (como Richard Schaedel y Oswald Menghin) para impulsar la investigación formal en nuestro país. La institucionalización de la enseñanza de la arqueología ocurrió una década más tarde (Licenciatura en Filosofía con Mención en Arqueología y Prehistoria en la Universidad de Chile en 1969; creación del Departamento de Antropología de la Universidad de Concepción en 1970 y del Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas en la Universidad de Chile en 1971; creación de la Carrera de Arqueología en Antofagasta en 1971). También se fundaron importantes museos regionales (en La Serena en 1942; en Arica y Calama hacia 1958), iniciaron los Congresos Nacionales de Arqueología Chilena (1961), se constituyó la Sociedad Chilena de Arqueología (1963) y aparecieron varias revistas especializadas (*Antropología*, a inicios de la década de 1960; *Boletín de Prehistoria de Chile* y *Rehue*, a fines de la misma década; *Chungara* y *Estudios Atacameños*, a inicios de la década de 1970). Además, se promulgó la Ley de Monumentos Nacionales en febrero de 1970. Estos hechos transformaron la práctica arqueológica de la mano de la preocupación sobre lo social y con la llegada del gobierno de la Unidad Popular en 1970 que generó profundos cambios políticos, económicos y sociales, poniendo a las ciencias sociales en el centro del interés Estatal. Entonces se vivieron tiempos de ferviente discusión política en los centros de investigación y docencia, donde se discutió el devenir del país sobre la base de la teoría marxista y

en donde los intelectuales de izquierda intentaron ser coherentes en su práctica teórica con los cambios revolucionarios que se vivían en la construcción de un nuevo Estado.

A partir de 1970 el Estado consolidó un mayor control sobre la arqueología, en especial a partir de la Ley de Monumentos Nacionales que estableció que los sitios arqueológicos eran propiedad del Estado por el solo ministerio de la Ley, así como con la institucionalización de la enseñanza universitaria de la arqueología en universidades públicas. En las universidades y en las instancias de discusión y difusión que se consolidaron desde inicios de la década de 1960 (no necesariamente vinculadas directamente con el Estado) se abrieron nuevos espacios que posibilitaron una discusión más sistemática, profunda y crítica de la disciplina en sus distintas dimensiones (epistemológica, metodológica, teórica y social). Mientras a comienzos de 1960 la arqueología chilena todavía tenía un fuerte énfasis empirista, centrado en la construcción de secuencias histórico-culturales, identificación de relaciones tempo-culturales entre diferentes áreas y tipologías de cultura material, a comienzos de 1970 aparecieron los primeros trabajos con contenidos teóricos explícitos, en los cuales se expresó la polarización de la sociedad nacional y la efervescencia política que se vivía. Por un lado, se publican los trabajos presentados en el VI Congreso de Arqueología Chilena (Santiago, 1971), que abordan el registro desde una perspectiva funcional y ecológica vinculada con la Nueva Arqueología norteamericana (Ampuero y Rivera 1973; Niemeyer *et al.* 1973; Rivera 1973). Por otro lado, se aprecia el desarrollo de trabajos de arqueólogos orientados por las proposiciones del materialismo histórico y comprometidos en la conformación de una Arqueología más social y atingente con los procesos

sociohistóricos acaecidos en el país y que proponen a ésta como una práctica revolucionaria (Montané 1972). En este último caso se trata de una arqueología marxista, que será conocida posteriormente como Arqueología Social Latinoamericana, bien ejemplificada en trabajos como los de Montané (1972), Núñez (1974) y Bate (1974), entre otros. Estos trabajos son los que presentan una más clara orientación hacia la producción de teoría, y de acuerdo con Orellana (1996) tienen su principal centro de elaboración en el Departamento de Antropología de la Universidad de Concepción, lugar donde Lumbreras dicta una serie de conferencias que darán vida a uno de los textos más influyentes en la arqueología Latinoamericana (Lumbreras 1974).

La efervescencia intelectual de la época, con una marcada orientación social, también se dejó ver en las actividades de diversos arqueólogos del norte de Chile que participaron, activamente, en un movimiento académico tendiente a conformar una integración andina más allá de las fronteras nacionales, pionero, a nivel nacional, en la inclusión de dirigentes indígenas en las reuniones científicas (Núñez 2006). Quizás el punto culminante de este proceso fue el Primer Congreso del Hombre Andino, de carácter panandino, internacional e interdisciplinario, que se desarrolló en forma itinerante entre Arica, Iquique y Antofagasta (Castro y Núñez 1993; Núñez 2006). Pocos meses después ocurrió el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, tras el cual se desarticularon las ciencias sociales en Chile, se suprimió el Estado de derecho, fueron intervenidas las universidades, se cerraron las escuelas de antropología y arqueología de la Universidad de Concepción y Antofagasta, se suspendieron los congresos nacionales de arqueología y numerosos intelectuales fueron exiliados, entre ellos

arqueólogos como Julio Montané y Luis Felipe Bate, quienes, desde México, continuaron desarrollando lo que embrionariamente habían iniciado en Chile: los fundamentos materialistas históricos para una teoría arqueológica (Bate 1974, 1977, 1982; Montané 1980a, 1980b, 1981).

¿Arqueología en el silencio?: el período de la dictadura

A través de la institucionalidad conformada entre 1960 y 1970 ocurrieron dos efectos de gran relevancia para el desarrollo de la arqueología chilena: (a) un reconocimiento institucional, de corte legalista, que legitimó la arqueología y la consideró un ámbito de importancia social a nivel nacional; y (b) el establecimiento de un sustrato de relaciones sociales entre los practicantes de esta disciplina y espacios sociales que fomentaron la reflexión crítica y teórica. Sin embargo, la toma del poder por parte de la dictadura generó transformaciones que cambiaron el curso del país y de la historia disciplinaria y constituyeron la base para la comprensión de parte importante de la actual realidad chilena.

Las medidas más directas aplicadas sobre la práctica arqueológica fueron la suspensión de los congresos nacionales de arqueología (convertidos, por entonces, en la institucionalidad básica de producción de conocimiento y de discusión científica) el cierre de algunas universidades y el exilio de importantes intelectuales. La escuela de pensamiento asociada a la *arqueología social latinoamericana* fue silenciada y se implantó una censura a la literatura marxista y a la teoría social que tuviese dejes de autores asociados a tal corriente. El golpe de Estado no sólo silenció la perspectiva marxista sino que estableció un punto de quiebre no menor al controlar la reflexión teórica en general, privilegiando formas de pensamiento

vinculadas a los modelos políticos y económicos dominantes; este proceso fue similar al ocurrido en otros países latinoamericanos, como Argentina. La censura sobre los libros y el peligro de las ideas llevaron a que toda forma de pensamiento crítico fuese vista como sospechosa, atentando *contra la unidad y seguridad nacional*. Junto con este silenciamiento el país reorientó su política económica y sus relaciones internacionales, estableciendo un fuerte y cercano lazo con los Estados Unidos y debilitando las relaciones con Latinoamérica; este hecho también repercutió en la práctica arqueológica.

En este contexto la Sociedad Chilena de Arqueología jugó un rol preponderante como articulador institucional de la disciplina, agrupando a los arqueólogos chilenos y retomando la realización de los congresos nacionales de arqueología en 1977, año de realización del VII Congreso en Altos de Vilches. No obstante, las actas de este congreso revelan que al momento de su realización los efectos de la intervención militar ya eran visibles en la disciplina. Aunque en ese congreso se realizó el primer simposio sobre teorías y métodos arqueológicos, lo que sugiere que la reflexión meta-arqueológica se había consolidado en Chile, seis de los siete trabajos presentados fueron de corte metodológico y recogieron las proposiciones funcionalistas y ecológicas de la *nueva arqueología* norteamericana (e.g., Schulz *et al.* 1977; Shea 1977); el séptimo trabajo (Serracino 1977) evaluó la discusión básica entre el enfoque normativo y el procesal a partir de la oposición entre inducción y deducción, abogando por la importancia del segundo y su significación para la arqueología sudamericana. El trabajo de Llagostera (1977) constituyó un hito capital de este enfoque ecológico aplicado a poblaciones arcaicas de la costa norte del país.

Los marcos teóricos en discusión en el congreso de Altos de Vilches muestran el silenciamiento de la perspectiva social y marcan el inicio de la importancia del enfoque ecológico y funcional norteamericano en nuestro medio; no obstante, se constata la permanencia y relevancia del enfoque histórico-cultural, especialmente en la zona central de Chile, donde el estado de la cuestión prehispánica estaba más atrasado que en otras regiones y requería construir una estructura cronológica y cultural para su despegue. En todo caso, la influencia de la Nueva Arqueología en Chile debe entenderse, en parte, como resultado de la ya mencionada concentración de las relaciones sociales de nuestro país hacia Estados Unidos y la implementación del modelo neoliberal, lo que mantuvo alejada a la arqueología chilena de la discusión teórica latinoamericana y, hasta cierto punto, de la situación europea. Otros autores (e.g., Tilley 1998) han asociado la propuesta ontológica y epistemológica de la Nueva Arqueología con el modelo capitalista imperante en Norteamérica, especialmente con la lógica neoliberal, también dominantes en Chile a partir de 1973. La reorientación chilena hacia Estados Unidos también se materializó en la realización de los primeros postgrados de arqueología por parte de investigadores nacionales; aunque no fueron numerosos privilegiaron la realización de sus estudios en Estados Unidos o vinculada a las corrientes procesuales norteamericanas. Este hecho también contribuyó a la reproducción de las relaciones de interés entre la práctica chilena y la teoría estadounidense.

Un importante hito en la inserción del enfoque procesal en nuestro medio fueron las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia, organizadas en 1983 (Cornejo *et al.*, eds., 1983). Estas jornadas, nacidas del interés de un grupo de jóvenes recién egre-

sados del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, fueron un punto importante dentro de la historia teórica chilena. Su realización denotó la llegada a un nivel de madurez importante de la reflexión arqueológica en el país que hizo posible realizar un evento de tal magnitud, centrado en la construcción de la arqueología como ciencia. Los promotores de estas jornadas fueron profesionales de la segunda generación de arqueólogos chilenos, educados por docentes también formados en la arqueología académica y por ello, con espacios más visibles para la discusión teórica y epistemológica, aun cuando escasamente vinculada a la práctica política. El evento nació, fundamentalmente, como producto del descontento de jóvenes investigadores nacionales con la situación del momento, en la cual “los marcos teóricos no se han estructurado ni delimitado claramente, encontrándose a veces en forma implícita o parcelada... se aprecia una predominancia del paradigma histórico-cultural junto con la aplicación del concepto normativo de cultura” (Cornejo *et al.*, eds., 1983:17). Uno de los objetivos de la reunión fue la construcción de una arqueología científica, recogiendo las proposiciones básicas de Binford (1962, 1964), Clarke (1968) y Schiffer (1976) con respecto a la utilización de marcos de análisis espaciales y la creación de metodologías claras y explícitas enfocadas en un problema de investigación particular y con un modelo epistemológico que enfatiza la formulación de hipótesis contrastables con los datos empíricos como forma privilegiada y legítima de conocimiento. Este hecho es relevante porque a inicios de la década de 1980 los arqueólogos comenzaron a acceder a los fondos del Consejo Nacional de Investigación en Ciencia y Tecnología a partir de los proyectos FONDECYT, siempre ceñidos en su formulación a

los estándares de la ciencia positivista. La construcción de la arqueología como ciencia no sólo respondió a una inspiración venida desde el paradigma predominante de la arqueología norteamericana sino, también, a los estándares impuestos en Chile para la obtención de subsidios de investigación; esos estándares surgieron de un modelo institucional que siguió los lineamientos del capitalismo norteamericano.

Mientras la arqueología chilena dirigía parte de sus esfuerzos a su formulación según una concepción positivista de la ciencia las proposiciones de esta escuela de pensamiento filosófica ya habían sido superadas por otros filósofos de la ciencia cercanos al Círculo de Viena (e.g., Popper 1994) o independientes de ese grupo (e.g., Feyerabend 1992; Kuhn 1996). Este desfase cronológico de la epistemología arqueológica nacional no debe extrañar porque es sintomático de la arqueología en general. Cuando Watson *et al.* (1974) recogieron y operacionalizaron las formulaciones del Círculo de Viena, especialmente las propuestas de Carl Hempel, esta concepción científica ya se encontraba agonizando, desmoronándose sus tesis básicas en el Simposio Internacional organizado por la Universidad de Chicago en 1969. El caso chileno está desfasado, al menos, en otros 10 años respecto de la arqueología norteamericana pues el auge de la concepción positivista de la disciplina en nuestro país ocurrió en la década de 1980, justo cuando en el ámbito académico anglosajón se había criticado esa epistemología (e.g., Hodder, ed., 1982; Hodder 1986). Este hecho puede ser entendido en el contexto social imperante en Chile durante la dictadura militar y debido al aislamiento respecto de la situación latinoamericana y, en menor medida, europea. La participación de Luis G. Lumbreras en la reunión de 1983 y el trabajo de

Gallardo (1983) sobre la construcción de la arqueología como ciencia social fueron excepciones a las tendencias dominantes y muestran la aún vigente cercanía de ciertos sectores de la arqueología chilena con la *arqueología social latinoamericana* y con el marxismo como posición política. La invisibilidad del pensamiento marxista en otras publicaciones se explica por las razones políticas que se vivían en el país.

Una parte no menor de los arqueólogos chilenos alineados políticamente con el marxismo realizó, a partir de 1980, una arqueología teóricamente más emparentada con la ecología cultural y el funcionalismo norteamericano, con indudables vinculaciones con el capitalismo occidental. ¿Cómo entender esta aparente contradicción? Frente a la situación política del país se produjo una estrategia de ocultamiento a partir de problemáticas centradas en los aspectos tecno-económicos y ambientalistas (base para acceder a la caracterización de un modo de producción), pero libres de una explícita teoría marxista. Sin embargo, también es cierto que durante la década de 1980 el modelo económico del capitalismo tardío se incorporó a la sociedad chilena a partir de la expansión del sistema de saber que lo legitima, permeando todas las áreas del que hacer nacional, incluyendo la práctica arqueológica (“libre competencia” por fondos de investigación; necesidad de maximizar los fondos disponibles reduciendo costos asociados; creciente especialización y división del trabajo en la producción del conocimiento arqueológico; incorporación de adelantos tecnológicos en el registro, análisis y producción de la información). En este nuevo escenario los arqueólogos se constituyeron como sujetos a partir de una lógica moderna que entregó coherencia y legitimidad a los supuestos derivados del funcionalismo, la ecología cultural y la economía formalista. Arqueología y ciencia fueron, en todo caso,

un crisol de la situación teórica en el país, así como de los intereses y necesidades de la arqueología nacional, abriendo espacios de discusión que, bajo la lógica de la Nueva Arqueología, reconoció ciertas afinidades con la arqueología marxista, no obstante las dificultades de su realización. Esta situación fue el máximo exponente, así como el detonador, de la posterior fuerza que adquirió el enfoque procesal en Chile.

La influencia norteamericana no se tradujo en formulaciones puras, según el patrón teórico procesal, sino que se conjugaron en su interior reformulaciones locales así como ciertos dejos de un enfoque histórico cultural. Una buena muestra de este hecho es el libro *Prehistoria: culturas de Chile*, síntesis de la prehistoria nacional escrito a mediados de la década de 1980 y publicado en 1989; sus 20 capítulos zigzaguean entre trabajos en los cuales es más visible la aplicación de un enfoque teórico próximo a la Nueva Arqueología, que reconoce la importancia del medio ambiente y de un encuadre funcionalista (Aldunate 1989; Llagostera 1989; Núñez 1989), mientras que otros que se centran en una lógica más próxima a la historia cultural (Ampuero 1989; Niemeyer *et al.* 1989).

El énfasis histórico y localista de las preguntas de investigación en la mayoría de los trabajos de esta época (con importantes excepciones en el norte de Chile) no coincide con el proyecto de la Nueva Arqueología (la “arqueología es antropología o no es nada”). Quizás este hecho respondió a la estructuración de las investigaciones nacionales con un deajo de aspectos relacionados con la historia cultural, la escasez de fuentes bibliográficas extranjeras para manejar y posicionar temáticas en contextos más globales y las condiciones impuestas por la dictadura militar y se vinculó con el aislamiento de la arqueología chilena al

practicar una “microarqueología” fundada en lo local que reprodujo las condiciones de aislamiento del país en el contexto internacional.

En el ámbito teórico tres grandes líneas llegaron de la mano de la influencia procesal norteamericana en el país y se han mantenido con impulso hasta la actualidad: (a) una fuerte impronta epistemológica y metodológica, centrada en el tema del diseño de investigación y los análisis cuantitativos, así como la implantación de una lógica hipotético-deductiva y una concepción positivista del proceso de investigación; (b) un desarrollo de la ontología ecológico-cultural y funcionalista como marco de referencia para el estudio y comprensión de las sociedades prehispánicas, especialmente visible en el estudio de los cazadores recolectores; y (c) una importante aplicación del enfoque espacial, básicamente a partir de la arqueología del asentamiento.

La conformación del país según la lógica del capitalismo tardío repercutió en la ideología de la privatización y en la aparición de los primeros museos privados asociados a la arqueología; entre ellos destaca el Museo Chileno de Arte Precolombino (fundado en 1981), que insertó la disciplina en el ámbito privado y con un objetivo claro hacia la investigación y difusión del arte prehispánico, esbozando las primeras señales de lo que ocurrirá en el período post-dictadura.

Los últimos 15 años: democracia, postmodernidad y arqueología

El régimen militar de Pinochet llegó a su fin a inicios de marzo de 1990; la Concertación de Partidos por la Democracia, que agrupaba a distintos sectores opositores al gobierno militar, accedió al poder vía elecciones democráticas efectuadas el año anterior. Así inició un nuevo momento histórico definido por la vuelta de la

democracia y la implementación de una política de acuerdos entre gobierno, ejército y oposición que aseguró una transición negociada políticamente. Esta política de consensos y acuerdos se articuló con el mantenimiento y ampliación del sistema económico neoliberal y la lenta, pero firme, inserción de un sistema de saber postmoderno asociado con los procedimientos económicos implementados desde el Estado.

Aunque la reapertura de la carrera de arqueología en otras universidades recién ocurrió hacia el año 2000 la demanda por estudiar esta carrera aumentó luego del fin de la dictadura en el único departamento que funcionaba entonces, el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Tal aumento de popularidad fue producto de un reposicionamiento de las ciencias sociales en el país; desde mediados de la década de 1990 se aprecia un aumento de profesionales dedicados a la arqueología que comenzaron a abordar la investigación de regiones y temáticas poco trabajadas hasta entonces. Estos nuevos profesionales se integraron a una práctica profesional en proceso acelerado de transformación. En este sentido cuatro aspectos nos parecen especialmente significativos de resaltar. Primero, las cada vez más sólidas y fuertes relaciones políticas y económicas con el gobierno argentino, especialmente entre 1994-1998, llevaron a un fuerte intercambio de experiencias de investigación y temáticas entre equipos de especialistas trabajando en ambos lados de la cordillera, conformándose algunos equipos binacionales orientados a temas como la expansión Incaica en el Collasuyu, los contactos transcordilleranos entre poblaciones cazadoras-recolectoras y el poblamiento de Patagonia. Algunos investigadores chilenos fueron realizar estudios de postgrado a universidades Argentinas (La Plata y Buenos Aires).

Aunque la arqueología chilena parecía abrirse al exterior siguió enmarcándose en una “microarqueología,” es decir, un enfoque orientado a responder preguntas puntuales sobre la prehistoria local más que preguntas de relevancia antropológica general. Segundo, la consolidación del Equipo de Antropología Forense, conjunto de arqueólogos que, desde finales de la década de 1980, trabajó en la recuperación e identificación de los cuerpos de detenidos-desaparecidos durante la dictadura. Así se abrió una nueva línea de trabajo más cercana y orientada a las necesidades de una sociedad que buscó crear y legimitar una memoria de la dictadura vivida en el país, pero que no se logró proyectar de manera clara en el tiempo, siguiendo un enfoque empirista centrado en la identificación de los cuerpos antes que en desarrollar una arqueología de la represión (Funari y Zarankin, eds., 2006). Las razones que explican esta diferencia con lo que ocurre en países aledaños no son claras y requieren una investigación y discusión que traspasa los objetivos de este trabajo; sin embargo, la base de esta situación podría encontrarse en que la democracia chilena fue, en sus inicios, negociada con la dictadura, por lo que se definieron condicionantes que enmarcaron esta relación. Tercero, en 1993 se promulgó la Ley Indígena (N°19.253), a partir de la cual se generó un significativo proceso de etnogénesis a nivel nacional, con comunidades originarias que buscaron el fortalecimiento y reproducción de su identidad étnica a partir del control del patrimonio arqueológico y los discursos sobre el pasado, entre otras estrategias. Esto generó una presión sobre las instituciones y los arqueólogos por democratizar el acceso al pasado y el control de los sitios arqueológicos (Ayala 2006), siendo una de las causas principales de la aún tímida pero creciente arqueología pública en Chile.

Volveremos sobre este punto más adelante. Cuarto, en 1994 se implementó la Ley de Bases Generales del Medio Ambiente (N° 19.300), que abrió un nuevo y amplio campo para la arqueología a través de los estudios de impacto ambiental y que, de una u otra manera, modificó la práctica disciplinaria. No es casual que nuestro país haya sido uno de los primeros en aplicar esta legislación en Latinoamérica pues ella es completamente coherente con el modelo social y económico de corte neoliberal que implementó el gobierno de la Concertación.

A medida que se desenvuelve la reformulación de la arqueología post-dictadura en estos cuatro ejes comienzan a apreciarse algunas transformaciones teóricas, aun cuando minoritarias. Contrario a lo que se podría pensar, tras la recuperación de la democracia las líneas de pensamiento más cercanas a la *arqueología social latinoamericana* no volvieron a florecer como en la década de 1970 ya que el grueso de la arqueología nacional mantiene el enfoque empirista centrado en localidades particulares y con una conjugación de enfoques histórico-culturales y funcionalistas. Algunos colegas denunciaron la persistencia de una arqueología bastante pálida en lo teórico, con escasa discusión y un cierto miedo a la crítica (Berenguer 1997), coherente con la fragilidad de las relaciones sociales de un país postdictadura y con un Augusto Pinochet a cargo del Ejército y aún con amplios poderes. Las transformaciones teóricas que comienzan a esbozarse en estos años se aprecian en el creciente interés por las dimensiones simbólicas, sociales y políticas del pasado, facilitadas por el acceso más diverso y masivo a la literatura especializada que trajo consigo la globalización. Algunas de ellas se vinculan con la influencia de la arqueología postprocesual británica, centrada en el simbolismo de la cultura material y las prácticas y

basada en metodologías estructuralistas (Thomas y Massone 1989; Sánchez 1995; González 1998). Otras, en concordancia con lo señalado por Politis (2003) para Latino América, siguieron caminos propios e independientes del posprocesualismo; de hecho, las primeras reflexiones sobre simbolismo en la arqueología chilena anteceden a las tempranas publicaciones de Hodder (Gordon y Dillehay 1977; Hidalgo *et al.* 1981), mientras que el uso del método histórico-directo para la interpretación de los contenidos simbólicos se desarrolló con independencia al postprocesualismo en algunas investigaciones (Berenguer *et al.* 1984; Berenguer y Martínez 1989; Chacama y Espinoza 1997). La “arqueología simbólica” chilena, que adquirió cierta relevancia a partir de 1990, no es una expresión pura de las proposiciones surgidas en el norte sino, más bien, una reformulación local que fusionó y mezcló aportes desde distintos puntos de vistas y autores, denotando un cierto escepticismo con las proposiciones puras venidas desde el extranjero. Esto es más claro que en el caso de la Nueva Arqueología durante los años 1980, lo que debe vincularse con la transformación radical en la condición de saber en Chile, que va de la mano con la lógica del sistema económico neoliberal y la aparición de un pensamiento postmoderno, nihilista (ecléctico) y tecnocrático. La dimensión tecnicista del postmodernismo es significativa dentro de la arqueología chilena a partir de fines de la década de 1990, cuando la arqueología de contrato o arqueología de impacto ambiental experimentó un auge vertiginoso y sin precedentes. Su impronta ha sido tan grande que ha modificado el escenario de la práctica arqueológica chilena al insertarla dentro de la lógica económica del capitalismo tardío; esta inserción se aprecia en la aparición de varias consultoras arqueológicas privadas.

Los resultados de este proceso son claros y de no poca relevancia. Primero, el limitado interés por la discusión teórica y una cierta inclinación y renacimiento de enfoques anclados en el positivismo que priorizan los métodos cuantitativos y físico-químicos sobre aquellos de otra índole (reflexivos). Segundo, se ha profundizado la tendencia a la microarqueología, ahora centrada en aspectos relacionados con la interpretación de sitios arqueológicos particulares o la reconstrucción de la secuencia histórico-cultural de una localidad, con una relativa falta de enfoques que aborden preguntas de carácter teórico y global que posibiliten posicionar la arqueología chilena dentro del discurso nacional, latinoamericano o mundial. Tercero, popularización y aumento en la realización de una arqueología apoyada por las nuevas tecnologías de la información. Cuarto, inicios de una diferenciación entre los profesionales de la academia y los de estudio de impacto ambiental, con una clara disminución del rol prioritario que tenían los primeros y la conformación de dos campos de acción que, regidos por lógicas diferenciales (los principios de la modernidad, en un caso, y de la postmodernidad, en el otro), reconfiguran las relaciones de poder al interior de una comunidad pequeña y bastante cerrada.

Esta diferenciación, clara en la práctica arqueológica chilena hoy en día, no debe pensarse como una dicotomía esencialista sino como un proceso que está en pleno fluir y está separando ambas aguas. En sus lógicas de acción y sus contextos de justificación ambas prácticas se ajustan y remiten a los principios de formas de saber diferentes, la modernidad y la postmodernidad; esto no implica un planteamiento secuencial y cronológico sino que muestra que sus lógicas de razonamiento y procedimientos de inserción social son distintas, conviviendo ambas en el Chile

actual y marcando el rumbo de la práctica arqueológica, con claras diferencias en los requerimientos que impone a los arqueólogos cada una de ellas.

Utilizamos los conceptos de modernidad y postmodernidad como dos modelos ideales para comprender la situación pero reconocemos las particularidades de los procesos asociados a estas condiciones del saber Occidental en Latinoamérica, ya señaladas por teóricos postcoloniales (cf. Coronil 1996; Lander, ed., 2003). La inserción de los estudios de impacto ambiental es coherente con el sistema neoliberal y es impuesta desde los centros de poder, ya sea a través de los protocolos de las multinacionales que se instalan en el país o por los convenios de libre mercado con Estados Unidos y Europa.

La popularización de la arqueología de contrato en Chile, el país latinoamericano donde se vive con más fuerza el proceso del neoliberalismo, va de la mano con la disminución del campo de acción del Estado en la vida social y su reemplazo por el accionar de las corporaciones capitalistas privadas. Esta reconfiguración del sistema capitalista tardío y la globalización (Jameson 1991; Bauman 1999) se materializa en la arqueología, que ahora recibe los mayores subsidios para su ejercicio desde la empresa privada y no desde el Estado, como ocurrió hasta la década de 1980. Este retroceso del rol estatal también se observa en el desfinanciamiento y la reducción del sistema de museos en el país (Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos); el desperfilamiento de la Universidad de Chile (la universidad del Estado) en términos de financiamiento y su necesidad de competir con otras universidades en busca de recursos provenientes del capital privado y estatal; y la cada vez más creciente cercanía de los restos arqueológicos con las prácticas de turismo y la industria del ocio (Urry 2004),

en el caso de Chile muy orientadas hacia público del Primer Mundo.

La incorporación plena de la arqueología en el mundo capitalista y el mercado de capitales va de la mano con un cambio importante en términos del rol social del patrimonio. Si durante la mayor parte de la historia de la arqueología chilena el Estado fue un actor clave, definiendo los monumentos, financiando una investigación académica elitista y orientando la conformación de una identidad nacional homogeneizante a partir de la década de 1990 se popularizó un concepto de patrimonio arqueológico que descentró al Estado-nación al cuestionar su propiedad sobre los sitios arqueológicos y la legitimidad del discurso académico. En este contexto surgió la voluntad de democratizar el patrimonio y el pasado, no sólo haciéndolos accesible a las diferentes comunidades y personas que integran el país sino empleándolos como plataforma para la construcción de identidades locales que no reconocen la necesidad de una memoria común o un proyecto político compartido. El patrimonio arqueológico hoy ya no entra en el discurso de construcción de un Estado chileno homogéneo sino multicultural y en un espacio de consumo asociado a los diferentes matices y fragmentos que constituyen nuestra nación.

Esta importante transformación, vinculada con la condición del saber postmoderno (Lyotard 1989) y orientada hacia una tecnociencia (Echeverría 2003), tiene un correlato importante en el ámbito de la educación superior privada. Desde inicios de 2003 la enseñanza de la arqueología ya no se concentra, solamente, en la Universidad de Chile sino que también se cuenta con otra universidad estatal (Universidad de Tarapacá) y dos universidades privadas (Universidad Bolivariana y Universidad Internacional SEK) que dictan la carrera, pero ahora insertas dentro

de la lógica del contexto social imperante, dando un fuerte énfasis al ámbito patrimonial. Esta ampliación del campo de educación produce otro desplazamiento de las relaciones de poder. Posiblemente esta diferencia se potenciará en el futuro y es factible que repercutirá sobre los campos de inserción laboral de los profesionales egresados de cada una de estas casas de estudio.

La inserción de un saber postmoderno y la fragmentación de la práctica arqueológica ocurren al mismo tiempo que la promulgación de la Ley Indígena y los fenómenos de reivindicación étnica de los pueblos originarios de nuestro territorio.

Desde este nuevo escenario se han generado cuestionamientos respecto de nuestro que hacer que se expresan en la comunidad arqueológica nacional durante la última década, sobre todo por parte de las generaciones más jóvenes. Destacan, en este sentido, los trabajos que (desde museos públicos, centros de investigación, universidades y proyectos Fondart) exploran temáticas como la educación patrimonial, la difusión, la puesta en valor de sitios arqueológicos, la relación de la arqueología con comunidades indígenas, la conservación del patrimonio y el marco jurídico de la disciplina.²

En los últimos años las comunidades indígenas han ido ganando un papel cada vez más preponderante en el proceso de gestión de los sitios y toma de decisiones para autorizar trabajos arqueológicos en sus territorios. Un resultado de todo esto ha

2 Aunque muchas de estas experiencias no están publicadas pueden consultarse Arriaza y Cassman (1988), Valdés *et al.* (1994), Bahamondez y Muñoz (1997), Seguel (1997), Navarro, ed. (1998), Westfall (1998), Ayala (1999, 2003), Avalos y Ladrón de Guevara (2000), Jiménez *et al.* (2000), Cornejo (2001), Córdova *et al.* (2004), Fernández y González (2005) y los trabajos publicados en *Chungara* 35[2] 2003.

sido la necesidad de contar con una posición política y social más clara por parte de los arqueólogos para y hacia con las comunidades indígenas y el patrimonio. Se han realizado varios foros y encuentros entre comunidades y arqueólogos en el norte y centro-sur del país y se formó la Escuela Andina en el Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo G. Le Paige de la Universidad Católica del Norte (San Pedro de Atacama), orientado a la implementación de programas de difusión y vinculación con la comunidad étnica local (Ayala 2006).

La producción de la arqueología chilena ha seguido los lineamientos de las relaciones internacionales definidas y establecidas por el gobierno. Tras el fuerte énfasis en el mundo norteamericano durante la dictadura de Pinochet los últimos gobiernos de la Concertación han enfocado su visión más hacia Europa, estableciendo sendos acuerdos de libre comercio y un fuerte contacto bilateral. En ese contexto en los últimos años los estudiantes de postgrado en arqueología han tendido a desarrollar sus estudios superiores en Europa, más que en Estados Unidos. Aunque este hecho podría asociarse a la fuerza de las corrientes teóricas europeas el marcado empirismo de la arqueología en Chile sugiere, más bien, una relación con las tendencias de las políticas estatales. Sin embargo, esta situación no debe engañar; aún son pocos los estudiantes que cursan postgrado fuera de Chile, lo que guarda relación con el provincialismo y encierro que define a la arqueología en esta angosta franja de tierra. El aumento de las exigencias del sistema de proyectos científicos (FONDECYT) ha sido el catalizador que está hoy promoviendo un aumento en el número de estudiantes de postgrado.

Conclusiones: perspectivas para la arqueología chilena en el contexto sudamericano

Este recorrido por la historia y desarrollo de la arqueología chilena nos ha llevado a discutir una serie de aspectos relacionados que dan forma a su situación actual. Hemos intentado demostrar que las principales transformaciones en la práctica de la disciplina, así como en su componente teórico, se explican en el contexto de los escenarios socioculturales por los que ha atravesado el país en los últimos 150 años.

El Estado fue uno de los motores y sostenedores de la arqueología chilena en el siglo XX. La institucionalidad actual de la disciplina es coherente con la implantación del proyecto de un sistema de saber moderno que presenta matices en relación con sus fundamentos centrales definidos desde el norte y que se basa en el rol privilegiado acordado al Estado-nación y a la racionalidad científica. La principal misión de la arqueología en Chile es la producción de conocimiento científico mediante el acceso a fondos preponderantemente estatales; desde 1970 sólo pueden acceder a esos fondos los arqueólogos profesionales (que tienen medios económicos y capital cultural suficiente para acceder a la educación superior). FONDECYT, institución pública que financia la mayor parte de la investigación arqueológica tradicional en Chile, sólo asigna recursos a proyectos de investigación pura, excluyendo la dimensión social de la disciplina y aspectos como la conservación, la puesta en valor de sitios y colecciones y la difusión (Ayala 2003). Los sitios arqueológicos fueron declarados propiedad del Estado y su tuición quedó en manos del Consejo de Monumentos Nacionales, institución estatal que sólo entrega permisos de excavación a arqueólogos profesionales.

Si a este contexto institucional añadimos el rol educativo vertical y discriminatorio de los museos, en sus orígenes de carácter eminentemente estatal, se cierra el círculo que ha permitido a la arqueología chilena legitimar su control sobre el patrimonio arqueológico del país y sobre los discursos válidos acerca del pasado. Los cambios históricos importantes que han ocurrido en la institucionalidad de la arqueología chilena han girado, básicamente, en torno a la implementación de los principios modernos de la razón (la ciencia) y el Estado-nación. Si correlacionamos este fenómeno con la producción teórica en nuestra disciplina también encontramos homologías importantes, ya que en este ámbito hemos privilegiado la utilización de marcos de referencia vinculados a los fundamentos políticos y económicos de la modernidad. En el primer caso nos referimos al marcado énfasis histórico-cultural de la disciplina, asociado tanto histórica como ontológicamente con el Estado-nación y la identidad homogeneizante que buscó implantar (Sanoja y Vargas 1993; Gnecco 2004), mientras que en el segundo pensamos en la reproducción de la racionalidad económica capitalista en las interpretaciones funcionalistas y ecológicas (Hodder 1982; Tilley 1998). También se ha privilegiado la importación de teorías desde el Primer Mundo, lo cual debe explicarse por una condición estructural de Chile en términos de su situación de dependencia económica y política respecto de las potencias mundiales, lo que se traduce y se reproduce en nuestra dependencia cultural y teórica (Politis 1995). En Chile no sólo hemos importado las teorías con las cuales explicamos nuestra realidad local sino que, hasta cierto punto, las hemos adaptado y transformado. Aún así, insistimos en encasillarnos con categorías de análisis surgidas para explicar contextos históricos y sociales

del Primer Mundo, como se advierte al adscribir las reflexiones locales a las escuelas histórico-culturales, procesuales y postprocesuales. Al mismo tiempo que reproducimos las relaciones hegemónicas con el Primer Mundo recreamos estas desigualdades porque las arqueologías nacionales excluyen a los indígenas y a las comunidades locales del acceso al patrimonio arqueológico y su propio pasado (Gnecco 2004; Ayala 2006). Así, la arqueología chilena contribuye a la reproducción de las condiciones geopolíticas y del saber propias de la modernidad al mantener las desigualdades del sistema mundial y replicarlas al interior de las sociedades nacionales, generando verdaderos modelos neocoloniales (*sensu* Gnecco 2004) que se articulan desde la figura del Estado y la preeminencia de la racionalidad científica como forma de conocimiento válida.

Muchas de estas observaciones han sido realizadas antes en otros países sudamericanos, lo que se explica por ciertas condiciones estructurales que compartimos. No obstante, existen dos hechos que parecen distanciar a la arqueología chilena de sus similares del continente: el aislamiento de nuestra práctica y producción en relación con Latinoamérica y el mundo y la contradicción entre esta “arqueología moderna” y un Chile con una forma de ser cada vez más cercana al saber postmoderno en el que se desenvuelve. Por problemas de espacio no podemos desarrollar ambos aspectos en extenso, por lo que nos detendremos un poco más en el primero, ya que ha sido nuestra principal motivación al escribir este artículo. Nos referimos al marcado localismo y encierro de la arqueología chilena, reproducidos en una microarqueología centrada en problemas locales que no se ha integrado en la discusión mundial ni se ha articulado con el resto de las arqueologías sudamericanas (y, por supuesto, tampoco con la sociedad general).

La arqueología chilena ha estado más orientada a recuperar ideas y marcos conceptuales desde Europa y Estados Unidos que en articularse con los desarrollos de Latinoamérica, sólo visitados en relación con temáticas puntuales de corte histórico-cultural. Esta tendencia ha sido promovida por el Consejo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT), que ha priorizado como indicador de productividad curricular las publicaciones incluidas en el índice ISI Thompson. Aunque este hecho puede ser positivo, porque contribuye a insertar las problemáticas locales en contextos globales, en la práctica se promueve la publicación en revistas en inglés en detrimento de las revistas latinoamericanas que no aparecen en ese índice.³

Esa política de publicación intenta integrar la producción arqueológica a un nivel mundial siguiendo los lineamientos de dependencia y asimetría de la relación norte-sur, sin que se incentive la articulación dentro de un proyecto de conformación de una arqueología latinoamericana. Este hecho se expresa en nuestra creciente desconexión respecto de los procesos que se están gestando en las comunidades académicas locales en el resto de Sudamérica, especialmente el creciente proyecto global de teoría arqueológica sudamericana que se reproduce, por ejemplo, en las reuniones de TAAS, sus publicaciones, esta revista y el Doctorado en Arqueología de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Pocos arqueólogos en Chile están interesados en estos procesos. Esta situación tiene que ver con las políticas del Estado y de las elites nacionales, muy centradas en Europa y Estados Unidos, y con un bajo interés por Latinoamérica. Aunque este aislamiento ha llevado al gobierno actual a definir una

3 Con excepción de las revistas chilenas *Chungara* y *Magallania*.

política estatal de reforzamiento de lazos políticos con países vecinos Chile sigue siendo visto como un país disgregado de Latinoamérica, siendo una de las naciones menos queridas en el continente según la encuesta de LatinBarómetro efectuada a mediados del año 2007.

Aunque la insularidad de nuestra producción es consecuencia de casi dos décadas de dictadura también se vincula con la forma como estamos concibiendo la arqueología en Chile y los problemas de investigación que estamos abordando. La vorágine de la especialización nos ha llevado a formular problemas de estudio cada vez más específicos, desarrollando y adaptando estrategias metodológicas novedosas para abordarlos. En el camino hemos ido sacrificando la relevancia antropológica de nuestras problemáticas, perdiendo la capacidad de situar nuestras investigaciones en temas de interés para la academia continental o mundial o para la sociedad, en general. Si revisamos la estructura de las carreras de arqueología en Chile constatamos la distinción analítica y práctica entre teoría, metodología y prehistoria y un desproporcionado énfasis en estas últimas por presentar contenidos con datos locales actualizados y detallados, disminuyendo la posibilidad de incentivar la reflexión teórica sobre la prehistoria y la perspectiva comparativa más allá de nuestras fronteras. Este hecho es consecuencia de una formación precaria de las capacidades reflexivas y críticas en la educación formal de nuestro país.

La tendencia en la arqueología chilena no augura buenas pronósticos para superar esta situación de estancamiento, sobre todo teniendo en cuenta la creciente importancia de los estudios de impacto ambiental que, por su práctica y requerimientos, necesitan avances metodológicos y técnicos, manteniéndose alejada de los temas teóricos y críticos de la realidad

social. Si consideramos que cada vez más arqueólogo/as chileno/as se emplean en estudios de impacto ambiental, así como la cada vez más fuerte predominancia de la lógica tecnocientífica del postmodernismo (Lyotard 1984; Echeverría 2003), deberíamos esperar que el *statu quo* se mantenga y que presenciemos un mayor número de aportes en aspectos metodológicos, ya sea de recuperación de datos en terreno como de análisis de elementos de cultura material. Este énfasis metodológico es positivo y aportará a la construcción y madurez de la arqueología chilena pero debe ir a la par con una creciente reflexión crítica sobre los fundamentos de la disciplina y sus alcances ontológicos, valorativos y políticos. De lo contrario simplemente seguiremos reproduciendo de forma acrítica las propiedades del contexto social actual. Aunque la mayoría de los profesionales vinculados a la arqueología chilena es crítica del sistema moderno y sus estructuras políticas y económicas dominantes la dificultad de superar la situación actual estriba en que estamos ante un enemigo invisible: en nuestros actos, en nuestras voluntades, contribuimos a la reproducción y legitimación del sistema que criticamos en el discurso. La crisis del proyecto de la modernidad, conocido bajo el concepto vago de lo postmoderno, también se expresa en las nuevas generaciones de arqueólogo/as chileno/as, generando una tensión entre una arqueología que basa sus fundamentos en las condiciones estructurales y de justificación propias al saber moderno y su realización en un escenario que exige otras justificaciones y fundamentos.⁴ Las

4 Modernidad y postmodernidad son tipos ideales que definen situaciones estructurales del saber, las prácticas y la conformación de conocimiento en la sociedad Occidental. Ambas coexisten en el Chile actual y son paraguas que definen diferen-

posturas críticas suelen limitarse a reproducir el nuevo estado de crisis terminal de la modernidad más que superarlo (relativismo; eclecticismo; cuestionamiento del establecimiento y la figura paternalista del Estado; hiperespecialización; énfasis técnicos) y son funcionales a las nuevas formas que ha adquirido el capitalismo avanzado en el mundo de la globalización y la expansión de las transnacionales. La creciente contradicción interna en el ejercicio de la arqueología chilena es un reflejo de la crisis del sistema moderno más que el resultado de un proyecto reflexivo sobre la disciplina.

¿Habrà alguna salida a este dilema? Si hemos dicho que estamos ante un enemigo invisible se debe a que el problema no es de la arqueología (como si estuviera fuera de nosotros) ni del sistema; debemos asumir que las causas de los problemas se encuentran en nosotros como actores clave de la reproducción del sistema y sus crisis a partir de nuestras propias formas de vida y comprensión del mundo. En la arqueología chilena ha gobernado el individualismo; la competencia académica y las prioridades del mercado, consistentes con los discursos modernos y postmodernos, han limitado la reflexión crítica de nuestra práctica y las posibilidades efectivas de contribuir a una transformación social. Si la arqueología ha de encontrar una nueva esencia, si verdaderamente ha de formular alternativas a los sistemas de

cias en las formas como hacemos arqueología; aunque pueden ser matizados por otras variables y consideraciones existen y conviven en una arqueología chilena que se mueve entre estos dos proyectos de ser y hacer arqueología. Incluso existen investigadores que transitan por ambos espacios o reformulan o reorientan cada uno de estos campos. No obstante, la práctica tiende más a separar que a generar estas fusiones de campos, producto de los requerimientos que impone cada uno.

saber dominantes, nosotros (incluyendo nuestras metas en el mundo) debemos cambiar, tanto como la institucionalidad hegemónica. De lo contrario los cambios estructurales que podamos realizar serán contradictorios con nuestras formas de vida, no serán sustentables en el tiempo y nuestra práctica seguirá siendo contradictoria con nuestro discurso. Se trata, sin duda, de una tarea grande e importante, pero los tiempos actuales no están para misiones o remiendos parciales. Aunque la reformulación de la arqueología representa un riesgo para nuestra práctica tradicional (lo que refuerza el hecho de que, junto con la arqueología, debemos cambiar nosotros y nuestras expectativas) es una necesidad

impostergable para asegurar la supervivencia y legitimidad de la disciplina en el orden social contemporáneo; también lo es si esperamos que la disciplina realice una contribución relevante y significativa desde su condición de ciencia social.

Agradecimientos

Compromete nuestra gratitud la colega Fernanda Falabella por la lectura crítica del manuscrito y sus relevantes observaciones. También agradecemos a los dos evaluadores anónimos que contribuyeron con sus comentarios. No obstante, los argumentos esgrimidos en el texto son de la exclusiva responsabilidad de los autores.

Referencias

Aldunate, Carlos

1989 Estadio alfarero en el sur de Chile. En *Prehistoria: culturas de Chile*, editado por Jorge Hidalgo, pp 313-328. Editorial Andrés Bello, Santiago.

Ampuero, Gonzalo

1989 La cultura Diaguita chilena. En *Prehistoria: culturas de Chile*, editado por Jorge Hidalgo, pp 277-288. Editorial Andrés Bello, Santiago.

Ampuero, Gonzalo y Mario Rivera

1973 Síntesis interpretativa de la arqueología del Norte Chico. En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp 339-346, Santiago.

Angelo, Dante

2005 La arqueología en Bolivia. Reflexiones sobre la disciplina a inicios del siglo XXI. *Arqueología Suramericana* 1(2):185-211.

Arriaza, Bernardo y Vicky Cassman

1988 ¿Se está produciendo un arqueocidio? *Chungara* 20:69-73.

Avalos, Hernán y Bernardita Ladrón de Guevara

2000 El patrimonio cultural como bien de consumo: el caso Petorca. *Conserva* 4:87-114.

Ayala, Patricia

1999 Cementerio Los Abuelos de Caspana: una forma de hacer arqueología o un problema de ética arqueológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 27:28-32.

2003 Arqueología y sociedad: el caso de las comunidades indígenas en Chile. *Werken* 4:59-74.

2006 Relaciones y discursos entre atacameños, arqueólogos y estado en Atacama (II Región, norte de Chile). Tesis de Maestría, Universidad Católica del Norte-Universidad de Tarapacá, San Pedro de Atacama.

Bahamondes, Mónica y Eduardo Muñoz

1997 Sitio arqueológico Tulor 1: consideraciones para su conservación y caracterización de materiales. *Conserva* 1:49-60.

- Bate, Luis Felipe
 1974 *Los primeros poblamientos del extremo suramericano*. Cuadernos de Trabajo 3, Departamento de Prehistoria, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
 1977 *Arqueología y materialismo histórico*. Ediciones de Cultura Popular, México.
 1982 *Orígenes de la comunidad primitiva en Patagonia*. ENAH, México.
- Bauman, Zigmunt
 1999 *La globalización. Consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Bengoa, José
 1985 *Historia del pueblo mapuche*. Ediciones Sur, Santiago.
- Berenguer, José
 1997 Editorial. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 24:3.
- Berenguer, José y José Luis Martínez
 1986 El río Loa, el arte rupestre de Taira y el mito de Yakana. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 1:79-99.
- Berenguer, José, Carlos Aldunate y Victoria Castro
 1984 Orientación orográfica de las chullpas en Likán: la importancia de los cerros en la fase Toconce. En *Simposio Culturas Atacameñas*, 44 Congreso Internacional de Americanistas, Manchester.
- Binford, Lewis
 1962 Archaeology as anthropology. *American Antiquity* 28(2):217-225.
 1964 A consideration of archaeological research design. *American Antiquity* 29(4):425-441.
- Carrasco, Carlos
 2006 La práctica arqueológica y la actual construcción de conocimiento arqueológico en Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39:35-50.
- Castro, Victoria y Patricio Núñez
 1993 Mesa de la Generación de los '70. 30 Aniversario Sociedad Chilena de Arqueología; Jornadas de Reflexión. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología*, número especial, pp 13-28.
- Chacama, Juan y Gustavo Espinosa
 1997 La ruta de Tarapacá: análisis de un mito y una imagen rupestre en el norte de Chile. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo 2, pp 769-792, Copiapó.
- Clarke, David
 1968 *Analytical archaeology*. Methuen, Londres.
- Consens, Mario
 2003 *El pasado extraviado: prehistoria y arqueología del Uruguay*. Linardi y Risso, Montevideo.
- Córdova, Julia, Yanko Ossandon, Nancy Álvarez y Jorge Bernal
 2004 El museo arqueológico en la dinámica cultural de ver y aprender. *Chungara* volumen especial, tomo II, pp 687-696.
- Cornejo, Luis
 2001 Arqueología, museos y sociedad: un espacio para las utopías. *Werken* 2:83-87.
- Cornejo, Luis, Francisco Gallardo y Loreto Suárez (Editores)
 1983 *Arqueología y ciencia: primeras jornadas*. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Coronil, Fernando
 1996 Beyond occidentalism: toward nonimperial geohistorical categories. *Cultural Anthropology* 11(1):51-87.

- Echeverría, Javier
2003 *La revolución tecnocientífica*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Feyerabend, Paul
1992 *Tratado contra el método*. Tecnos, Madrid. [1975].
- Fabian, Johannes
1983 *Time and the other*. Columbia University Press, Nueva York.
- Fernández, Gastón y Paola González
2005 *Primer Seminario Minería y Monumentos Nacionales. Patrimonio Arqueológico, Paleontológico e Histórico*. EdiarTE, Santiago.
- Foucault, Michael
1989 *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, México. [1976]
1999 *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, México. [1966]
- Funari, Pedro Paulo
1995 Mixed features of archaeological theory in Brazil. En *Theory in archaeology. A world perspective*, editado por Peter Ucko, pp 236-250. Routledge, Londres.
1999 Brazilian archaeology: a reappraisal. En *Archaeology in Latin America*, editado por Gustavo Politis y Benjamín Alberti, pp 17-37. Routledge, Londres.
- Funari, Pedro Paulo y Andrés Zarankin (Editores)
2006 *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina 1960-1980*. Encuentro, Córdoba.
- Funari, Pedro Paulo, Andrés Zarankin y Emily Stovel
2005 Global archaeological theory: an introduction. En *Global archaeological theory. Contextual voices and contemporary thoughts*, editado por Pedro Paulo Funari, Andrés Zarankin y Emily Stove, pp 1-10. Kluwer, Nueva York.
- Gallardo, Francisco
1983 La arqueología, ¿una ciencia social?. En *Arqueología y ciencia: primeras jornadas*, editado por Luis Cornejo, Francisco Gallardo y Loreto Suárez, pp 90-102. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Gnecco, Cristóbal
1995 Praxis científica en la periferia: notas para una historia social de la arqueología colombiana. *Revista Española de Antropología Americana* 25:9-22.
1999 Archaeology and historical multivocality: a reflection from the Colombian multicultural context. En *Archaeology in Latin America*, editado por Gustavo Politis y Benjamín Alberti, pp 258-270. Routledge, Londres.
2004 La indigenización de las arqueologías nacionales. En *Teoría arqueológica en América del Sur*, editado por Gustavo Politis y Roberto Peretti, pp 119-128. INCUAPA, Olavarría.
- González, Paola
1998 Doble reflexión especular en los diseños cerámicos diaguita-inca: de la imagen al símbolo. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 7:39-52.
- Gordon, Américo y Tom Dillehay
1977 El simbolismo en el oritomorfo mapuche. La mujer casada y el ketru metawe. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I, pp 303-316, Santiago.
- Hidalgo, Jorge, Juan Chacama y Guillermo Focacci
1981 Elementos estructurales en la cerámica del Estadio Aldeano. *Chungara* 8:79-96.
- Hodder, Ian
1982 Theoretical archeology: a reactionary view. En *Symbolic and structural archaeology*, editado por Ian Hodder, pp 1-31. Cambridge University Press, Cambridge.
1986 *Reading the past*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Hodder, Ian (Editor)
1982 *Symbolic and structural archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.

- Jameson, Fredric
 1991 *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós, Buenos Aires.
- Jiménez, Carolina, Diego Salazar y Paulina Corrales
 2000 De los alcances de la arqueología: redefiniendo fronteras. *Conserva* 4:71-86.
- Kuhn, Thomas
 1996 *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica, México. [1962].
- Lander, Edgardo (Editor)
 2003 *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. FLACSO, Buenos Aires.
- Langebaek, Carl Henrik
 2005 Arqueología colombiana: balances y retos. *Arqueología Suramericana* 1(1):96-114.
- Latcham, Ricardo
 1928a *La prehistoria chilena*. Universo, Santiago.
 1928b *La alfarería indígena chilena*. Universo, Santiago.
- Llagostera, Agustín
 1977 Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local-extintos y a litos geométricos: 9680±160 A.P. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I, pp 93-114, Altos de Vilches.
 1989 Caza y pesca marítima. En *Prehistoria: culturas de Chile*, editado por Jorge Hidalgo, pp 57-80. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- López, José
 2004 Arqueología e identidad uruguaya: el saber y el poder en las vanguardias intelectuales. En *Teoría arqueológica en América del Sur*, editado por Gustavo Politis y Roberto Peretti, pp 197-211. INCULPA, Olavarría.
- Lumbreras, Luis
 1974 *La arqueología como ciencia social*. Hístar, Lima.
- Lytard, Jean François
 1989 *La condición postmoderna*. Cátedra, Madrid.
- McGuire, Randall y Rodrigo Navarrete
 1999 Entre motocicletas y fusiles: las arqueologías radicales anglosajona e hispana. *Revista do Museu de Arqueologia y Etnologia, Suplemento* 3:181-99.
- Montané, Julio
 1972 Apuntes para un análisis de la arqueología chilena. *Rehue* 4:29-43.
 1980a *Marxismo y arqueología*. Ediciones de Cultura Popular, México.
 1980b *Fundamentos para una teoría arqueológica*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
 1981 Sociedades igualitarias y modos de producción. *Boletín de Antropología Americana* 3:71-89
- Navarrete, Rodrigo
 2004 *El pasado con intención. Hacia una reconstrucción crítica del pensamiento arqueológico en Venezuela (desde la Colonia al siglo XIX)*. UCV-Fondo Editorial Trópikos, Caracas.
- Navarro, Ximena (Editora)
 1998 *Patrimonio arqueológico indígena en Chile. Reflexiones y propuestas de gestión*. Universidad de la Frontera-UNESCO, Temuco.
- Niemeyer, Hans, Gastón Castillo y Miguel Cervellino
 1989 Los primeros ceramistas del Norte Chico: Complejo El Molle. En *Prehistoria: culturas de Chile*, editado por Jorge Hidalgo, pp 222-264. Editorial Andrés Bello, Santiago.

- Niemeyer, Hans, Virgilio Schiappacasse e Iván Solimano
 1973 Patrones de poblamiento en la quebrada de Camarones. En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp 115-138, Santiago.
- Núñez, Lautaro
 1974 *La agricultura prehistórica en los Andes Meridionales*. Orbe, Santiago.
 1989 Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria. En *Prehistoria: culturas de Chile*, editado por Jorge Hidalgo, pp 81-106. Editorial Andrés Bello, Santiago.
 2001 History of archaeology in Chile. En *Encyclopedia of archaeology, history and discoveries*, editado por Tim Murray, pp. 300-315. ABC Clio, Santa Bárbara.
 2006 Testimonios en torno a la construcción de un ideario de integración arqueológica para el centro sur andino. En *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*, editado por Heather Lechtman, pp 621-630. Instituto de Estudios Peruanos-Institute of Andean Research, Lima.
- Orellana, Mario
 1982 *Investigaciones y teorías en la arqueología chilena*. Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, Santiago.
 1996 *Historia de la arqueología en Chile*. Bravo y Allende Editores, Santiago.
- Politis, Gustavo
 1995 The socio-politics of archaeology in Hispanic South America. En *Theory in archaeology: A world perspective*, editado por Peter Ucko, pp 197-235. Routledge, Londres.
 2003 The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America. *Latin American Antiquity* 14:115-142.
 2004 Tendencias de las etnoarqueología en América Latina. En *Teoría arqueológica en América del Sur*, editado por Gustavo Politis y Roberto Peretti, pp 85-118. INCAUPA, Olavarría.
- Popper, Karl
 1994 *Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico*. Paidós, Buenos Aires. [1963].
- Rivera, Mario
 1973 Nuevos enfoques de la teoría arqueológica aplicada al Norte Chico. En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, pp, 295-310. Santiago.
- Sánchez, Rodrigo
 1995 Cultura material, arte, monumentos y cuerpos en el espacio: prácticas mortuorias del Complejo Cultural Aconcagua. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo II, pp 281-290, Antofagasta.
- Sanoja, Mario e Iraidá Vargas
 1993 Perspectivas de la antropología en Venezuela: el caso particular de la arqueología. En *Balance de la antropología en América Latina y el Caribe*, editado por Lourdes Arizpe y Carlos Serrano, pp 31-78. UNAM, México.
- Schiffer, Michael
 1976. *Behavioral archaeology*. Academic Press, Nueva York.
- Schulz, Ronald, Hernán Paniagua, Julio Ramírez y Silvia Quevedo
 1977 Estudio cefalométrico de ángulo, base y ramas ascendentes de la mandíbula de cráneos prehistóricos de Punta Teatinos. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I, pp 67-69, Altos de Vilches.
- Seguel, Roxana
 1997 Educación patrimonial: una estrategia para la preservación de sitios arqueológicos en la Comuna de Los Vilos, Provincia del Choapa. *Conserva* 1:13-30.
- Serracino, George
 1977 Inducción y deducción en arqueología. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I, pp 75-80, Altos de Vilches.

- Shea, Daniel
1977 El fenómeno estadístico de muestreo al azar aplicado a elementos arqueológicos. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, tomo I, pp 71-74, Altos de Vilches.
- Thomas, Carlos
1977 Revisión crítica de la arqueología chilena entre 1960 y 1970: aspectos teóricos y metodológicos. Tesis de Licenciatura, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Thomas, Carlos y Claudio Massone
1989 La organización dual en la Cultura San Pedro. Un enfoque etnoarqueológico. *Paleoetnológica* 5:87-120.
- Thomas, Julian
2004 *Archaeology and modernity*. Routledge, Londres.
- Tilley, Christopher
1998 Archaeology as sociopolitical action in the present. En *Reader in archaeological theory: Post-processual and cognitive approaches*, editado por David Whitley, pp 305-330. Routledge, Londres.
- Urry, John
2004 *La mirada del turista*. Universidad de San Martín de Porres, Lima.
- Valdés, Consuelo, Mauricio Massone, Rodrigo Sánchez, Carlos Aldunate, Fernanda Falabella y Francisco Mena
1994 Arqueología y educación: explorando nuevos horizontes. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 19:19-22.
- Watson, Patty Jo, Stephen Le Blanc y Charles Redman
1974 *El método científico en arqueología*. Seix Barral, México. [1971].
- Westfall, Catherine
1998 ¿Sólo indio muerto es indio bueno?: arqueólogos, pehuenches y Ralco. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26:35.